

servó que los americanos de S. Gerónimo hacían una nueva tentativa sobre el campo.

«Al oscurecer, repentinamente entre mil vivas, hacen un esfuerzo nuestros soldados para recobrar á Padierna. Allí trepa el comandante de batallón Zimavilla, al frente de su cuerpo, blandiendo su espada, alentando á sus soldados. Nuestras baterías los protejen con sus fuegos; Cabrera con el resto de su brigada; lo sigue valientemente: se confunden los nuestros con los enemigos: una bala de cañón derriba la parte superior de una de las paredes de Padierna; y al disiparse el polvo, coronan nuestros hermanos vencedores aquel punto, con tan tenaz arrojo disputado, gritando y repitiéndose el clamor de ¡Viva la República!

«Después de las oraciones de la noche, y entre la lluvia, se oyeron algunos cañonazos en las lomas del Olivar de los Carmelitas, donde estaba á esa hora Santa Anna. Esto, que parecía su auxilio era su despedida.

«Efectivamente, después de aquellos tiros, descendió el general Santa Anna del Olivar y sus acompañantes en coro se jactaban de que con su presencia había libertado al insubordinado Valencia de la derrota. Las tropas que fueron con el general Santa Anna se retiraron después por su orden, dejando circunvalado á Valencia por todas partes, y yéndose á alojar á San Angel.

«A poco de haber llegado á dicho punto el general Santa Anna, algunas personas, entre ellas el Señor Diputado D. J. M. del Rio, le explicaron la verdadera posición del general Valencia, y entonces envió con sus órdenes á su ayudante D. J. Ramiro, á quien acompañó el Señor del Rio por veredas seguras, como práctico en el conocimiento del terreno.

«Muy distinto era el aspecto del general Valencia á la caída de la noche: persuadido de la permanencia en sus

puntos de las tropas de Santa Anna, viendo que conservaba sus posiciones, reconociendo corta su pérdida, y contentos y con denuedo sus soldados, soñó en el triunfo: se entregó á vanas demostraciones de gozo, y extraviado por él, dictó él mismo su parte que después por la derrota, quedó convertido en ridículo, y en que el despilfarro de empleos y condecoraciones produciría hoy cargos contra su persona, aun dado caso que hubiera triunfado.

«El campo quedó tan á cubierto como era posible; sirviendo de grandes guardias los cuerpos colocados en los puntos avanzados, y eran: en Padierna, la brigada de Cabrera; en frente de San Gerónimo, Aguascalientes; en el puente, la brigada de Torrejón; y por la *Fabriquita* la del general Romero.

«Los soldados no habían comido: después de la fatiga del combate no tenían ni un pedazo de pan, ni un leño para calentarse, ni un lugar en que reclinarse. Estaban traspasados por la lluvia, y sin embargo, no había una queja, ni una murmuración, ni un solo signo de descontento. El general Valencia se guareció en una barranca que había en el lugar de las baterías. A las nueve llegaron á ella Ramiro y del Rio, diciendo que iban de parte del general Santa Anna. Comenzaban á dar su orden, cuando interrumpió Valencia, preguntando dónde se hallaba aquel general. Se lo dijeron; se cercioró entonces de la retirada de sus tropas; y ya frente de su horrible posición, en tono colérico, brotando fuego sus ojos, descompuesto, abandonando la circunspección y lo que así mismo se debía, prorrumpió en imprecaciones contra el general Santa Anna, en voz alta, en medio de todos, que participaron de su enojo..... El general Santa Anna le decía que quería se pusiesen de acuerdo: el general Valencia, sin oír nada, sin atender á nada, frenético, continuaba sus quejas, hasta que dió por respuesta que le mandara la tropa y la arti-

Hería que tenía, y que no quería más. El Sr. Ramiro, en la declaración que dió sobre la conferencia que tuvo con el general Valencia, asegura que le llevó ya la orden de retirarse; pero tal acerto está en contradicción con el informe del general Salas, que asistió á aquella entrevista, y ha dicho que esa orden la llevó el ayudante de Valencia D. Luis Arrieta, á las 2 de la mañana.

«La impresión que produjo la noticia de la retirada de las tropas auxiliares, fué horrorosa: entonces se tradujo como abandono criminal la inmovilidad de Santa Anna en la tarde, y cundiendo rápido el descontento, el ménos conocedor habría predicho la derrota del siguiente día. Efectivamente, esa noticia, relajando en lo absoluto la moral de la tropa, consumó aquella desgracia.

«Con todo, el general Valencia esperaba en la noche algún refuerzo, porque el mal temporal no era disculpa, puesto que nuestros soldados lo sufrían también, y los americanos no tenían más techo que el mismo cielo.

«A las dos de la mañana, un ayudante del Sr. Valencia, como acabamos de indicar arriba, fué á decirle, de parte de Santa Anna, que se retirase, clavando las piezas, inutilizando el parque, salvando solo lo que fuese posible. La retirada se consideró como una cobardía: las posiciones de los americanos la hacían muy difícil, y el vilipendio de ella sobrecogió á todos generalmente. Rehusóse á obedecer Valencia, ya bajo la influencia de la desesperación.

«Este nuevo mensaje hizo apurar más hiel á los que tanto estaban sufriendo. Padecían la vigilia á la intemperie, y en la tremenda espera, espera de agonía, de una derrota afrentosa y segura.

«A las cuatro, el general montó á caballo, reunió á algunos gefes, les preguntó su juicio, y la mayoría se some-

tió á su resolución. Ella fué que todos se colocaran en sus puntos.

«Al alumbrar la primera luz del día 20, todos volvieron con ansia sus ojos al rumbo de San Angel, y cuando se convencieron de que no había auxilio alguno, varios soldados abandonaron el campo desde entonces, y todos se abatieron profundamente..... La derrota estaba casi consumada!

«Al amanecer, las fuerzas enemigas avanzaron en tres columnas: una se dirigió á una altura que está á la retaguardia de una loma de Pelón Cuautitlan, sobre nuestro flanco derecho: otra atacó por S. Gerónimo: la otra permaneció entre el Mal-Pais, frente del camino recto, y se echó sobre el rancho de Padierna. La primera columna, arrojándose sobre nuestra posición con la mayor celeridad, arrolló la pequeña, que se le opuso á las órdenes del general Gonzalez de Mendoza, y desbordó nuestro campo. El general Valencia quiso contener aquel impulso con nuevas fuerzas; pero envueltas por todas partes, reducidas en instantes á un círculo pequeño, agrupadas, confundidas con las mulas del parque, las mujeres, los trenes y todo, la derrota fué momentánea. Hubo esfuerzos estériles y heróicos que sería una ingratitud callar. El teniente coronel Zires se revolvió luchando con los enemigos: los generales Blanco y Garcia trataban en vano de sostenerse, hasta que los pusieron fuera de combate sus graves heridas. En estos momentos verificó su honrosa retirada de Padierna á Ansaldo el escaso resto de la brigada de Cabrera.

«El general Valencia condujo alguna fuerza de infantería sobre el enemigo; pero el círculo de fuego de los americanos ceñía como una serpiente nuestras fuerzas, y las ahogaba ya desordenadas, perdidas!

«Dos caminos quedaban: uno por las inaccesibles lo-

mas de S. Gerónimo; el otro por el de Ansaldo, ambos cortados por los americanos. Los que tomaron el primero, rodaban como un torrente de las alturas, revueltas en tropel, soldados, mulas, caballos sin jinete, heridos que poblaban con sus gritos el aire, y mujeres que dando alaridos, discurrían por todas partes como furias. Toda esta masa informe era atropellada por los enemigos, y á ella asestaban sus tiros los bárbaros vencedores.

«Al retirarse también en tropel confuso los que tomaron el camino de Ansaldo, se encontraron con la columna de los americanos que había avanzado, y rompiendo sus fuegos, asesinaba á los nuestros. Allí algunos de los gefes hicieron tentativas valerosas para rehacerse. Salieron en este lugar heridos varios recomendables militares.

«Antes de llegar al puente que corta el camino de S. Angel, anterior á Ansaldo, el general Valencia supo que Santa Anna no había salido de S. Angel sino hasta las seis y media, tomando el rumbo del Olivar, donde se cercioró de la derrota. Entónces, torciendo á la izquierda del puente, tomó por las lomas, con direccion, según dijo, á S. Angel; pero lo disuadieron sus amigos, diciéndole que el general Santa Anna estaba furioso, y en uno de sus ímpetus había dado orden para que lo fusilasen. Al saber esta noticia, tomó otro rumbo el general Valencia.

«En el puente merece una especial y honorífica mención el señor general Salas, que en medio del fuego, entre tanto desórden, espada en mano, se colocó á la cabeza de la caballería de Torrejon, detuvo un tanto la dispersion, é intentó cargar sobre el enemigo, hasta caer prisionero cerca del mismo puente.

«Tal fué la memorable derrota de Padierna. Cuando se consumió, sonrieron satisfechas la ambicion y la envidia,

y se vió próxima y casi inevitable la pérdida de nuestra hermosa capital.»

«Poco tiempo despues de los primeros cañonazos que se oyeron por Padierna, la vanguardia de la division del general Santa Anna salió de San Angel para tomar la misma posicion que ocupó la tarde del 19 sobre las lomas del Toro. Seiscientas varas se habrian andado: los soldados marchaban atraidos por el iman del combate: trabado por sus camaradas. A las detonaciones de la artillería sucedió un vivísimo fuego de fusilería, que cesó repentinamente, percibiéndose despues algunos tiros parciales. ¡Eran la agonía del ejército del Norte! Se marchaba á paso de carga; repentinamente sorprendió á las tropas la llegada en fuga de unos trozos de caballería de la division del general Valencia, seguidos de algunos infantes, á quienes acosaban las columnas enemigas: no quedó duda sobre el desastre de Padierna.

«Inmediatamente dispuso el general Santa Anna hacer con esta fuerza, y las que se encontraban en toda la primera línea, un movimiento de concentracion sobre nuestra segunda de defensa, situada en las garitas de México.

«Dos ayudantes partieron á escape para San Antonio y Mexicalcingo, llevando órdenes á los generales Bravo y Gaona de retirarse á la garita de la Candelaria, salvando todo el material de guerra y la proveduria existente en el segundo punto. Se ordenó también al general Lombardini que contramarchara con la brigada del general Rangel (denominada de reserva) para la Ciudadela, en número de dos mil infantes, llevando consigo algunos carros de parque, y lo efectuó para el puente de Panzacola, á entrar por la garita del Niño Perdido. La brigada ligera, á las órdenes del general Pérez, se retiró por Coyocan al puente de Churubusco, para seguir despues á la Candelaria, en número de dos mil y quinientos infantes.

«Puesta la infantería en marcha, el general Santa Anna con su estado mayor y los regimientos de húsares, ligero de Veracruz y restos de caballería de la division del Norte, á las órdenes de los generales Jáuregui y Torrejon tomó el sendero de la última brigada, al observar que los americanos empezaban á penetrar en San Angel. Cuando llegó á Coyoacan, hizo alto, hasta que estuvo reunido el último soldado.

«Los enemigos seguian en alcance de nuestras fuerzas por la misma ruta, batiéndolas en retirada, y ellas la continuaban de prisa, en tropel, asuzadas por las descargas de las columnas americanas que las seguian de cerca, y á las que no oponian ninguna resistencia; y en este estado pasaron por el convento de Churubusco, en donde hallaron á los generales Rincon y Anaya, con los cuerpos de Guardia Nacional, Independencia y Bravos.

«El general Santa Anna dió orden verbal á los primeros de conservar el punto á todo trance. Tan dignos defensores imitaron en esta vez el heroico ejemplo del valiente capitán, á quien en la guerra de Venda, dió orden el general Kleber de que se defendiera á toda costa para salvar al ejército, y que no vaciló en sacrificar su vida, llevado de un patriotismo que merece los mayores elogios.

«Mientras pasaban estos sucesos, el general Worth, por orden de Scott, atacaba á S. Antonio; y como las fuerzas que había en aquel punto empezaban ya á retirarse conforme á lo prevenido por el general Santa Anna, no se hizo una resistencia obstinada, sino que únicamente se procuró detener á los enemigos, mientras se ejecutaba la retirada de las tropas á la capital. En S. Antonio quedaron dos piezas de artillería, una por falta de mulas, y otra por estar atascada: tambien cayó en poder de los americanos, una gran parte del material de guerra.

«Los gefes que quedaron sosteniendo la retaguardia,

fueron el general Perdigon y el coronel Zerecero, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por entre los potreros. Worth, vencido aquel obstáculo siguió adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

«Por una mala combinacion, la division que venia de Coyoacan, se encontró al pasar el Puente, distante quinientas varas del convento de Churubusco, con la que se retiraba de S. Antonio, perseguida por las fuerzas de Worth, que la daban alcance, despues de haber arrollado, como se ha dicho en el párrafo anterior, á los batallones nacionales de Lagos, Acapulco y otros piquetes, que quedaron en las obras de la derecha, haciendo una defensa heroica aunque estéril.

«El general Santa Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puente; protegida por las compañías de S. Patricio y el batallon de Tlapa.

«El tránsito estaba obstruido por dos carros de municiones: por encima de ellos, por entre las ruedas, por los piés de las mulas que los tiraban, pasaban todos confundidos y en masa, dejando abandonada en la calzada de S. Antonio la mayor parte del parque que con actividad habia procurado salvar el general Alcorta; pero el general Santa Anna previno no pasara por el Puente ningun carro, hasta que lo verificase la tropa toda, procedente de los dos rumbos; y esto dió lugar á la pérdida de tantas municiones. Desesperando salvarlas el general Alcorta, se retiró el último de la calzada, al ver que el enemigo penetraba en ella. En estos momentos, las fuerzas de Worth al abrigo de los carros del parque abandonado, avanzaron sobre el Puente. El general Santa Anna que lo notó mandó contramarchar á la brigada de Pérez la que volvió pocos momentos despues, continuando la demás fuer-

za para la capital, guiada por el cuartel maestro del ejército. Situó al 1.º ligero en la cabeza del Puente, y á su izquierda al 3.º, 4.º y 11.º sirviéndoles de foso un arroyo que pasaba á su frente. El enemigo avanza en columna hasta muy cerca de los parapetos: nuestra artillería é infantería, con una granizada de balas la despedazan y hacen vacilar: uno de nuestros cañonazos incendia á la vez dos de los carros del parque, abandonados frente a la batería. Se escucha un estallido horrible, y sus fragmentos se reparten en todas direcciones, causando estragos formidables.

«Los americanos forman una nueva batallá frente á la posición, y se hace general el combate. Dos líneas de humo se marcan por el aire: dos huellas de sangre se señalan en el campo. El bizarro coronel Galoso, del 1.º ligero, manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido. El convento de Churubusco parece un castillo: su costado derecho y el frente están inflamados por llamaradas opacas. Mandan sus defensores por parque: el general Santa Anna les envia un carro de los que quedaron embarazando el paso, y por refuerzo á las compañías de Tlapa y S. Patricio. El general Alcora reconoce toda la línea, D. Antonio Haro, D. Agustín Tornel, Don Juan José Baz, D. Vicente García Torres, y otros dignos oficiales, transmiten órdenes del general en jefe, y llevan á la línea algún parque conseguido con dificultad.

«Una nueva columna enemiga se interpone entre el Puente y el convento, amagando envolver las dos posiciones. El general Santa Anna toma el 4.º ligero y parte del 11 de línea, y se dirige á la hacienda de los Portales, un cuarto de legua á retaguardia, con el objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto á la

calzada; circunda su pié con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto. En estos momentos cesa el ataque del puente, porque los americanos se dirigieron á la derecha, siguiendo á los que les precedían. El general Bravo llega á este tiempo por los potreros, con unos restos salvados de S. Antonio. Pérez le manifestó que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho: en consecuencia, se desbandan sus soldados por todas direcciones, tomando algunos la del Peñon. Los enemigos se apoderan del puente sin mas resistencia, y cañonean á los fugitivos con su misma artillería, abandonada allí por la desaparición de los armones y tiros de caballos.

«En Portales se redobla el ataque: los americanos avanzan; derrámanse en tiradores sobre la llanura. El general Quijano vuelve á este punto con los húsares, Veraacruz y restos de la caballería del Norte: redobla sus esfuerzos para hacerla cargar, y se toca á degüello. Al partir encuentran una pequeña zapa, que declaran obstáculo; y con éste pretexto contramarchan.

«El general Santa Anna con su estado mayor y el general Alcora se retiran tambien de este punto, que aun quedaba batiéndose. Se incorpora á la caballería, y desesperado, da de latigazos á varios oficiales que huían. En la calzada se ve un desorden horrible: todos se confunden, se empujan, se atropellan. Los dragones americanos montados en frisonés lijeros, alcanzan á nuestra retaguardia, y aumentan el espanto acuchillando á los que encuentran á su paso. Llega el general Santa Anna á la gaita de S. Antonio y tras él nuestros restos despedazados, mezclados con algunos dragones enemigos, ébrios de sangre. Se disparan en ella cañonazos á metralla, y se sienta infantes que cubren su entrada, rompen un fuego graneado sobre la calzada, alentados por la presencia de

los generales Santa Anna, Alcorta y Gaona, que se los mandan. En este momento penetra por un lado de la muralla un oficial americano, con uniforme azul, montado á caballo, con espada en mano, descargando tajos, cae herido sobre la esplanada: muchas espadas se desnudaron para matarlo; pero otras tambien lo hicieron para defenderlo al verlo caer. Se levantó desarmado, pero radiante de valor, y sonriendo de felicidad á las puertas de la capital. El fuego cesa, porque desaparecen en la calzada todos los objetos: muchos de nuestros soldados fueron muertos por sus mismos compañeros, al aproximarse á esta barrera fatal, confundidos con los enemigos.»

«Como se ha visto en las anteriores líneas fué simultáneo el ataque al Puente de Churubusco y al convento del mismo nombre: y habiendo dado á conocer en la relacion anterior, algunos pormenores del primero, describirémos tambien los que sean necesarios para que se tenga una idea de la heroica defensa del segundo.

«Dispuesto, pues, todo para el ataque, los defensores de Churubusco esperaban sobre las armas que se acercaran los enemigos. Estos entre tanto avanzaban sobre el convento, del que creian apoderarse á muy poca costa, pues la facilidad con que habian llegado hasta allí, les hacia presumir, que nuestro ejército entero se replegaría sin combatir, hasta la capital. Debióles confirmar en esta creencia, la circunstancia de que no se rompía sobre ellos el fuego, á pesar de hallarse ya á tiro de fusil de las fortificaciones, lo cual provenia de la orden expresa de los generales Rincon y Anaya, quienes para no gastar pólvora en valde, habian dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuvieran á una distancia muy corta. Hizose así, en efecto; y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas de los norte ame-

ricanos, los obligó á detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos. Poco tardaron, sin embargo, en continuar su avance, dirigiéndose sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra mas considerable sobre el costado derecho. Trábase entonces un reñido combate, que el valor y los soldados de ambas naciones prolonga por algun tiempo, hasta que la pérdida de consideracion de los enemigos les precisa á retroceder.

«Hubo en aquella accion rasgos de valor, dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del jóven D. Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, quien desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto, y permaneció allí expuesto al fuego de los enemigos, alentando á sus soldados, y sin dejar un momento de victorear á la República y á los generales Rincon y Anaya. Su arrojo fué tanto mas notable, cuanto que dedicado ántes esclusivamente á sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que afrontaba la muerte en un campo de batalla.

«Al principio del ataque se introdujo alguna confusion en las filas del batallon Bravos, ocasionada por las bajas que tuvo de soldados muertos ó heridos por el fuego que recibian de sus compañeros de Independencia. La mayor parte de este cuerpo cubria con su pecho el flanco derecho de la posicion, enteramente descubierto por la falta de parapeto, y los soldados restantes estaban situados en la azotea del convento y en unos andamios que se habian levantado dentro de un corral, para suplir las banquetas. Las punterías bajas de los tiradores dañaban naturalmente á varios de los que defendian el parapeto. Advertida por el general Rincon la causa del desorden, mandó bajar de la altura á los tiradores situados allí, y que se incorporaran al resto de su batallon.

«Como acabamos de ver, la division americana del ge-